

Impuntualidad

■ TIEMBLO al sólo pensar en el momento supremo en que seré llamado a rendir cuentas ante el Todopoderoso. Y no es que sea un empedernido pecador. Nada de eso. Mi preocupación nace de la respuesta que he de dar cuando se me pida cuentas de cómo he empleado mi vida. En ese momento en que ni mentiras ni disculpas tienen cabida, deberé confesar humilde y contrito, que la mayor parte de mi vida la he pasado esperando y deberé aceptar que es la forma más imbécil de malgastar ese don tan precioso que es la vida. Mi única esperanza y consuelo es que Dios en su misericordia infinita, al saber que me tocó vivir en Chile, comprenda que el terrible pecado de desperdiciar mi vida en exasperantes esperas, no es de mi responsabilidad o que, al menos, ya la propia espera es suficiente castigo.

La impuntualidad forma parte de la vida nacional. Incluso se ha llegado al extremo de considerar de mal gusto ser puntual y de buen tono el retraso. Recuerdo que, una vez, estando en los Estados Unidos, fui convidado a almorzar a casa de un profesor norteamericano. El motivo de la invitación era que el tal profesor estaba invitado a Chile y, sabiendo que yo era oriundo de tan exótico país, quería que lo informase de los usos y costumbres a los que estaría sometido durante su permanencia en Chile. Al llegar a su casa —puntual como siempre— pude darme cuenta de que mi anfitrión se había dedicado a documentarse sobre Chile en cuanto libro, revista o folleto hubiese en la biblioteca de la universidad a que pertenecía. Lo primero que me preguntó, esgrimiendo uno de esos folletos, fue lo siguiente:

—Aquí se dice que si una persona es invitada a comer en Chile a las 9 de la noche debe llegar a las 10. ¿Es correcta la información?

—Correcta.

—¿Y por qué?

Y ante mi imposibilidad de dar una respuesta convincente, el profesor me insistió:

—¿No es mucho más lógico que si a uno lo convidan a las nueve llegue a las nueve? ¿Cómo se las arreglan los chilenos para no perder el tiempo?

No pareció convencerse con mis argumentaciones filosóficas de que el tiempo

corría de diferente manera en la América del Norte y la América del Sur, pero el hecho fue que, meses más tarde, ya en Chile, fui convidado a comer a las 9 de la noche y eran las once y no se pasaba a la mesa porque faltaba un invitado. Ante mi sorpresa, a las once en punto, se apareció el profesor norteamericano quien, al reconocermme, me dijo de inmediato:

—Ya comprendí eso que me explicó de la forma cómo se valora el tiempo en Latinoamérica.

¡Bendita sapiencia gringa! Yo sigo sin entenderlo. Si hay algo que me urge es la invención de una calculadora de bolsillo que pueda hacer la rápida conversión de la hora de llegada, según la naturaleza de la cita. A comer, debe ser media hora de retraso; si se trata de una reunión académica, una hora parece ser lo recomendable; un coctel debe ser la hora y media, y una reunión de negocios no da para más de 15 minutos de tardanza, y si se trata de una clandestina cita amorosa, la posibilidad de un cálculo exacto es imposible.

Se dice que Evita Perón, en la época del pináculo de su gloria y poder, hacía esperar deliberadamente a quienes acudían a su oficina en procura de favores o privilegios. Ella decía que los tenía en "la amansadora" y, efectivamente, después de tan larga espera todos los impetus de los pediguños se desvanecían y terminaban aceptando cualquiera excusa para la negativa de sus demandas.

Por otra parte, la espera produce nefastos efectos para el esperado. En la medida que se espera a una persona que se retarda en la cita, uno va acumulando cierta sorda ira contra él, principia a repasar sus defectos y termina por concluir que no vale la pena la reunión. Claro que se llega a esa conclusión justo cuando el demorado esperado llega con la mejor de sus sonrisas.

Luis XVIII de Francia solía decir que la puntualidad es la educación de los reyes, de lo que debería colegirse que la impuntualidad chilena es signo de su espíritu democrático y antimonárquico, pero cualquiera que sea la excusa que se dé, hay que convenir en que si es cierto el dicho sajón "el tiempo es dinero", que en pocas partes hay más despilfarro que por estos lados.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA